



# Guía de lectura



Penguin Club de lectura

## LA OBRA

Son los años sesenta, y un André Aciman adolescente observa desde un barco el puerto abarrotado de su nuevo país mientras su madre se preocupa por el equipaje: treinta y dos baúles y maletas que contienen todo su mundo. Acaban de llegar a Italia desde Alejandría, el hogar, durante décadas, de la familia, un extenso clan de sefardíes que se va disgregando tras la crisis de Suez, cuando comienzan a ser objeto de persecuciones hasta que, en un clima de creciente antisemitismo, el gobierno de Gamal Abdel Nasser ordena la expropiación de las fábricas y otras propiedades pertenecientes a miembros de la comunidad judía. Como a tantas otras familias, a los Aciman no les queda más alternativa que emprender la huida, dejando atrás su casa, y también el bienestar y cierto estatus social: una vida que pronto queda reducida a un puñado de objetos que viajan con ellos.

Mientras el padre sigue en Alejandría, André, acompañado de su hermano menor y su madre sorda, debe asumir el rol de intérprete y cabeza de familia en un país extraño. Eso supone, además, lidiar con el despiadado tío Claude, que los lleva a Roma, donde les alquila un modesto apartamento que hasta ese momento se utilizaba como burdel. En la via Clelia, entre edificios cubiertos de hollín y tiendas mal iluminadas, el adolescente no puede ocultar su decepción: la grandeza de la Roma imperial, tantas veces imaginada, no cabe en ese barrio obrero que les echa en cara su recién descubierta pobreza. Teniendo que subsistir con pocos recursos, y bajo el mezquino control financiero impuesto por el tío, cada uno busca su sitio en la ciudad. La madre en poco tiempo consigue hacerse al barrio y, con más pragmatismo que nostalgia, aceptar Italia; el menor de los hermanos,

guiado por ese mismo impulso, no tarda en entablar amistad con sus vecinos; en cuanto a André, su refugio consiste en pasar las horas leyendo en su habitación, aislándose de una ciudad que concibe solo como un lugar de paso, una suerte de limbo en el que debe permanecer a la espera de algo mejor: Nueva York, tal vez, donde tienen familia; o quizá París, el destino al que su padre decide ir a probar suerte, acompañando a la tía Elsa, la última del clan en abandonar Alejandría.

Pero la Roma de este adolescente también son los largos trayectos en autobús hasta el colegio americano al que asisten él y su hermano; fingir ser otro, alguien menos pobre, ante sus compañeros; los paseos por el centro histórico; perderse por las calles subido a una bicicleta; la complicidad con la tía Flora; la música y el cine; y el descubrimiento de una dimensión más profunda y física del deseo a través de las chicas del barrio, o el con-

tacto fugaz, perturbador, con un desconocido a bordo de un bus. Y Roma es, a su vez, un interrogante abierto acerca de la identidad y el futuro, todavía incierto, de un chico que ha dejado su primer hogar atrás para siempre y ahora se pregunta hacia dónde seguir.

Mucho tiempo después, tras haber continuado su vida en Estados Unidos, André Aciman regresa a Roma en compañía de sus hijos. Su antiguo barrio, y la urbe entera, ya no son los mismos de antes, pero a su memoria vienen los días pasados en via Clelia, en ese apartamento que nunca llegó a sentirse un hogar, pero donde él y su familia se fueron volviendo, poco a poco, romanos. Y a la luz de los recuerdos recobrados, de tantos instantes cotidianos, lecturas y paseos en bicicleta, la ciudad que alguna vez se pensó solo como una escala, apenas un espacio de tránsito, se revela, al fin, como un lugar amado.

## CLAVES DE LA OBRA

André Aciman retoma el hilo de la memoria personal y familiar en una obra que continúa, en términos cronológicos, el relato autobiográfico iniciado en *Lejos de Egipto*, y a la par conecta con *Homo irrealis* y el conjunto de la producción literaria del escritor. A lo largo de su trayectoria, Aciman ha explorado diversos registros narrativos desde las memorias hasta la ficción, pasando por el ensayo, sin perder de vista aquellos elementos que dotan a su prosa de una extraordinaria coherencia. Identidad, experiencia y deseo son temas que vertebran una obra extensa centrada en el tiempo como fluir, y la memoria como un palimpsesto de momentos vividos y realidades diversas: vestigios del pasado que, en ocasiones, se recuperan voluntariamente, y, en otras, irrumpen en el presente a partir de un olor, un sabor, un paisaje familiar, una lectura o los extraños mecanismos de la añoranza y el anhelo.

La nostalgia, dice André Aciman en *Homo irrealis*, recubre su escritura, y también su vida. Y es uno de los motores, se podría añadir, de unas memorias escritas desde la perspectiva del adulto que evoca su año romano y, al mismo tiempo, desde la mirada del adolescente que alguna vez fue. Vista desde los ojos del joven André, la Roma de *Mi año romano* se presenta como una ciudad gris, exenta de belleza, de cosmopolitismo y encanto: un lugar a la altura del sentimiento de dolor que se apodera del narrador cuando, en su primera noche romana, toma consciencia de su desarraigo. Atrás queda su hogar, una familia extensa y deliciosamente excéntrica, los privilegios de antaño y una identidad que, hasta entonces, se había percibido como algo dado, una construcción sin fisuras. En la sensación de rechazo que le provoca el apartamento de via Clelia y, por extensión, una ciudad entera, late la pérdida de un mundo que,

de pronto, se ha visto reducido a treinta y dos baúles y un puñado de recuerdos intangibles que avivan la nostalgia. Comienza entonces un tiempo que, para el narrador, no es más que un preámbulo de lo que debería venir; y mientras su madre y su hermano, mucho más pragmáticos, se las ingenian para amoldarse a la ciudad, él la vive entre la añoranza del pasado extinto y el anhelo de un futuro incierto que solo puede imaginar lejos de allí. Porque el año romano supone, también, empezar a delinear un modo de ver la realidad, donde una cosa o un lugar contienen, indefectiblemente, los rasgos de otro objeto o sitio: uno perdido o, quizá, nunca encontrado. Se trata de una mirada «retorcida y torturada y probablemente errónea» que André reconoce también en su padre y en su tía Flora: dos figuras, como muchos miembros de la familia, atravesadas por el exilio y la imposibilidad de echar raíces. En pleno siglo XX, la condición judía se condensa en la forma en que el clan se disemina por varios continentes, en la errancia permanente de unos y otros, y en un desarraigo que, más que un estado provisional, se vuelve una señal de identidad que define la propia experiencia del mundo y los afectos.

De la tía Flora y su doble exilio —primero debe dejar Alemania e ir a Egipto; después, se ve obligada a huir de allí y regresar a Europa—, André aprende que no se tiene «una sola vida ni una sola identidad, tampoco dos, sino tres, cuatro, cinco, y todas a la vez»: una enseñanza que le permite pensarse en Roma como aquel que fue en Alejandría, pero también imaginar que en su nueva ciu-

dad, tal vez, puede convertirse en alguien nuevo. En el vaivén entre lo que es y lo que podría ser, el adolescente se interroga acerca de una identidad que fluye entre lenguas, países, deseos y los muchos pliegues de un yo múltiple. ¿Qué quiere hacer en un futuro?, le pregunta su padre en una de las tantas conversaciones que tienen, y este interrogante recorre unas memorias que, al ritmo de las peripecias cotidianas y los aprendizajes de André, adquiere matices de una historia de formación.

Ligada al desarraigo y la pérdida del mundo de la infancia, Roma es también el sitio donde el adolescente debe guiar a su madre, asumir responsabilidades adultas, sopesar sus elecciones, proyectarse hacia adelante y comenzar a ver a sus padres como pares, en todas sus contradicciones, sus medias verdades y sus miserias. En Roma, a su vez, empieza a tramarse la educación sentimental de un chico que explora el deseo cuando piensa en la gitana que mendiga cada día junto a la parada del tranvía; cuando observa a la vecina que viene a su casa, valiéndose de cualquier excusa solo para verlo; cuando besa, en un momento de arrebatos, a una chica hermosa que acaba de conocer; o cuando, en un bus, pega su cuerpo al de un joven desconocido: un contacto fugaz, que tiene algo de ese amor «a última vista» al que se refiere Walter Benjamin a propósito de un soneto de Baudelaire. Fugaz, sí, y lo suficientemente ambiguo y perturbador para deslizar una pregunta más en torno a la identidad que, a la luz de Roma y del paso a la adultez, se hace, se deshace y desvela su naturaleza errática y ambivalente.

Entre Alejandría, una suerte de paraíso perdido, y la posibilidad de emigrar a otra ciudad, la vida precaria en via Clelia parece ser un punto «a mitad de camino, imprevisto y periférico». Mucho después, esos días romanos, también perdidos, se redescubren como un período de aprendizaje que lleva al protagonista, por un lado, a deambular sin rumbo por la ciudad, explorando sus rincones, sus calles y la vida que bulle en ellas; y por el otro, a leer con voracidad, concibiendo los libros como un refugio que lo salva de la añoranza y el desencanto, y a la vez, como una puerta hacia otras existencias en las que, paradójicamente, acaba buscando y proyectando algo de sí mismo. «Sabía que mi manera de leer libros tal vez fuese aberrante», escribe Aciman en una obra que rememora las lecturas de adolescencia y, a través de ellas, habla de los modos de leer, para concluir el recorrido por ese pasado, que es tránsito e iniciación, abriendo una reflexión acerca de la escritura y la memoria. Allí donde la vida ve cosas, dice Aciman, la escritura ve figuras; o en otros términos, la es-

critura tiene la capacidad de reordenar y dotar de sentido, es decir, volver relato, ese cúmulo de vivencias y recuerdos más o menos veraces que llamamos pasado.

*Mi año romano* retoma así uno de los grandes hilos conductores de la obra del escritor, el del arte como un lugar donde pensarse y proyectar lo vivido para convertirlo, al fin, en experiencia. Llega el día en que la Roma de la adolescencia, al igual que sucedió con la Alejandría de la niñez, se convierte en un mundo extinto: pocas cosas permanecen intactas en ese barrio obrero en el que el presente sigue su curso mientras un sinfín de recuerdos inexactos se superponen sobre la superficie de lo real. La escritura, sin embargo, consigue invocar ese tiempo pretérito y descubrir allí, entre tantos instantes recobrados, las claves de un amor por Roma que, en su día, no se supo reconocer como tal y ahora atraviesa las páginas de unas memorias de juventud que son, al mismo tiempo, una espléndida meditación acerca de la relación entre la literatura y la vida.

## LOS PERSONAJES

### EL JOVEN ANDRÉ

A los quince años, recién llegado a Italia, André debe asumir el papel de intérprete de su madre sorda, aprender a desplazarse por una ciudad extraña, ingeniárselas para ser admitido en el colegio americano de Roma y lidiar con el tío Claude, siempre dispuesto a humillarlos. La decepción, la vergüenza y un sentimiento de desarraigo, mientras tanto, se adueñan de él. Su Roma, gris y sucia, no se parece en nada a la ciudad imperial que alguna vez imaginó, pero termina siendo el escenario de un aprendizaje sentimental y humano que supone dejar la inocencia atrás para emprender, poco a poco, el tránsito hacia la adultez. De la mano de su padre, que acabará instalándose en París, descubre nuevas lecturas y se interroga acerca del sentido de la vida y de sus planes futuros; al mismo tiempo, a través de las chicas y los chicos que conoce en el barrio, de una prostituta parisina o de un desconocido en un bus, se asoma al deseo con todas sus ambigüedades y contradicciones. Por la ciudad, ya sea a pie o en bicicleta, se comporta como un joven *flâneur* inquieto, que encuentra en el presente vestigios de otros lugares y tiempos, de lo acontecido y de lo que podría ser o haber sido. Conocer Roma, un lugar que comienza a amar cuando está a punto de marcharse, es una experiencia ligada a la literatura y, en definitiva, a una búsqueda de sí mismo que se extiende por las calles de la ciudad, por los libros que lee con voracidad y, más tarde, por los que escribe para que lo vivido cobre la forma de un relato.

«Intenté sentir pena, en vez de dolor; la pena era más fácil porque era fáctica y pensable; pena por lo que se ha perdido, por quienes habíamos sido y por lo que habíamos dejado atrás, por las viejas costumbres que estaban destinadas a morir, pero todavía no; pena por mi padre, que seguía en Egipto y tal vez acabara arrestado con a saber qué cargos inventados antes siquiera de poder reunirse con nosotros; pena por mi madre sorda, que no sabía ni media de italiano y estaba tan rota y a la deriva como mi hermano y yo. Me sentí como un niño que se ha soltado de la mano de su madre y está perdido y desamparado en mitad de un centro comercial gigantesco a punto de cerrar, salvo que yo sí sabía italiano y mi madre no, yo era el adulto y ella la niña». (pp. 38-39)



**LA MADRE**

André llega a Italia junto a su madre, una mujer sorda y temperamental capaz de estallar en gritos cuando las cosas no salen según lo previsto, o de hacer reír a sus hijos con su don para la mímica y las imitaciones teatrales. Para ella, dejar Alejandría supone perder su estatus y una vida llena de comodidades y pequeños lujos, pero también abrir un paréntesis dentro de un matrimonio que nunca funcionó. A Roma se adapta con más rapidez que su primogénito, que observa con asombro a esa mujer pragmática que, en tan solo un mes, se las ingenia para conocer los comercios del barrio, conseguir los mejores alimentos que puede permitirse y saludarse con todos los vecinos como una romana más. Su sordera, sin embargo, la obliga a ir a muchos sitios con André, que oficia de intérprete y acompañante, una tarea que se vuelve carga cuando prima el deseo de explorar la ciudad y de aprovechar la libertad que conlleva crecer. Lo que el hijo entonces no ve, pero comprende más tarde, es que el año romano no solo es un período de aprendizaje para él: sin el marido a su lado, también su madre experimenta una autonomía hasta entonces desconocida.

«Los vecinos oían a aquella dulce mujer sorda aullar por la vida terrible que le habían obligado a vivir. Me recordaba a Hécuba y luego a Níobe, mujeres para las que el mundo no tenía nada, absolutamente nada que ofrecer o prometer. Hécuba aulló cuando le mataron a todos los hijos en Troya, aulló hasta convertirse en perro.

Grazia, que por supuesto oía los gritos increíblemente estridentes de mi madre, una vez me dijo, al verme bajar por las escaleras una mañana, que las personas sordas a las que había conocido en el campo, fuera de Roma, perdían la compostura dependiendo de las fases lunares. Añadió que las personas sordas eran las más amables que había conocido jamás, pero que la Luna gobernaba su temperamento. Lo que hacía falta era paciencia. Se lo dije a mi hermano. Decidimos que nuestra madre era una lunática. Luego nos reímos por los disparates de Grazia. Al parecer de mi hermano, ella también estaba fantaseando.

A veces queríamos huir. Pero ¿podíamos abandonar a nuestra madre? Yo no podía, él tampoco». (p. 120)

**EL PADRE**

Dueño de una fábrica textil que es expropiada por el gobierno egipcio, el padre de André embarca a su familia rumbo a Italia, mientras él permanece en Alejandría un tiempo más para terminar de cerrar algunos asuntos. Puede que esa sea solo una excusa para pasar más días junto a alguna de las numerosas amantes que ha tenido a lo largo de un matrimonio que, salta a la vista, ha sido



un error. En medio de un clima de odio creciente hacia la comunidad judía, sale de Egipto para reunirse con su familia en Roma, desde donde sigue viaje a París, en busca de mejores perspectivas laborales y más distancia con su esposa. Su vida en la capital francesa, sin embargo, no se asemeja a la que alguna vez tuvo en Alejandría, y André, que lo visita en un par de ocasiones, se entristece al ver a su padre convertido en un asalariado que carga con muchas frustraciones y proyecta en su hijo un deseo de libertad y de vocación que él da por perdido después de haberse quedado sin su fábrica, su gran proyecto personal. Pese a la distancia y algunas diferencias, padre e hijo permanecen unidos y comparten el amor por la literatura, iluminadoras conversaciones y una misma melancolía que los lleva a habitar entre el presente y aquello que se anhela o añora.

«Odiaba la soledad. No la quería otra vez y sabía que era lo que le esperaba en el momento en el que yo me fuera de París. Más tarde, ahuyentaría sus fantasmas con una cena rápida y la Cinémathèque, y quién sabe, quizá con alguien. Siempre hay alguien, si sabes cómo desear a alguien lo bastante a la desesperada. Los fantasmas, sin embargo, siempre volvían, me dijo. Eran la única constante de su vida.

—Los fantasmas pueden ahuyentarse —le dije.

—No, regresan. Llamamos fantasmas a partes de nosotros mismos que deseáramos que no existieran. Lo único que podemos hacer es llenar su silencio con ruido para no oírlos. Le damos un itinerario a nuestra vida, toma, ruido, para ti, pero no hay itinerarios en la vida. Solo se puede entender ese camino en el lecho de muerte. Y entonces es demasiado tarde. Planeamos tan poco. El resto lo improvisamos». (p. 378)

### EL TÍO CLAUDE

Cuando André y su familia llegan a Italia, en el puerto de Nápoles los recibe el hermano de la abuela paterna. Al tío Claude, que emigró a Italia antes de la Segunda Guerra Mundial, lo precede su fama de ogro y hombre tacaño: facetas que André y su hermano no tardan en conocer. Después de un largo y tragicómico viaje en coche hasta Roma, que transcurre entre estallidos de ira y comentarios humillantes, el tío les abre las puertas del modesto apartamento de via Clelia, por el que les cobra puntualmente un alquiler que descuenta de la asignación mensual para la familia, extraída de una cuenta bancaria en Suiza que pertenece al padre de André pero es administrada por el tío Claude a su antojo.

«Cuando ya estaba a punto de marcharse, se acordó de darle algo de dinero a mi madre para comprar comida. Al salir de Egipto, solo le habían permitido

llevarse el equivalente a cinco dólares y se había gastado lo que teníamos para comida en la tienda de tentempiés del barco. De nuevo, el tío nos recordó que teníamos que darnos prisa, que el supermercado igual nos cerraba; en tal caso, nos tocaría comprar algo en la tienda de la esquina o ver qué había para picar en el café restaurante de al lado. Explicó que, cada mes, nos entregaría cierta cantidad de dinero sacada de la pequeña cuenta suiza de mi padre, que él tutelaba.

—No es una mina de oro, ni mucho menos, eso que quede claro —añadió. Luego, antes de cerrar la puerta, nos miró bien mirados y dijo algo que nos dejó totalmente pasmados—: Y, por favor, no me odiéis, no soy un ogro». (p. 37)

### LA TÍA FLORA

En Italia, además del tío Claude, vive la tía Flora, otro miembro del extenso clan Aciman. Dos años atrás se vio forzada a abandonar Alejandría e instalarse a vivir en casa de unos parientes en Roma, ciudad a la que se va adaptando sin desprenderse por completo de la nostalgia y de una sensación de desarraigo que la conduce a pensar que no se tiene una vida, sino muchas a la vez, una dentro de la otra. La experiencia del exilio tiñe de melancolía el modo de ver el mundo de esta mujer que toca el piano, se gana la vida trabajando en una empresa naviera y le tiende una mano amiga a la madre de André en cuanto llegan a la ciudad. Tiempo después, cuando la familia reúne los papeles para emigrar a Estados Unidos, despedirse de Roma significa, para el adolescente, decir adiós también a esta tía a la que se sabe unido por una íntima complicidad.

«La tía echaba de menos la playa. Muchísimo. No había cambiado. A mi madre le gustaba la playa, pero como algo que la hacía disfrutar, no como algo perdido. En ese sentido, las dos mujeres eran completamente diferentes. Con Flora, incluso en Egipto, tenía grabada en los huesos la esencia de la vida que le habían arrebatado al huir de Alemania, algo que embotaba su capacidad de entregarse a muchas cosas, y, en definitiva, al amor. Mi padre, pensando en cuando se había enamorado brevemente de ella, me contó años después que para que Flora supiera que quería a alguien, tenía que desconfiar de su amor, luego negarlo, ensayar su pérdida y, al final, desencadenar la pérdida misma antes de darse cuenta de que realmente amaba a la persona a la que había perdido. Mi madre no era así.

Acabé por entender a Flora». (pp. 46-47)

### AMINA

Vecina de los Aciman, Amina es una chica de dieciséis años que, según sus padres, está demasiado delgada y necesita darse unas inyecciones que le administra la madre de André. Esas inyecciones son el motivo aparente por el que visita con frecuencia el piso de sus vecinos, aunque la madre de André cree que viene solo para verlo a él. Algunos días, se cuelga en su habitación para enseñarle canciones en *romanaccio* y flirtear con él, que nunca termina de sentirse atraído por Amina, pero que a su lado se va volviendo un poco más romano.

«Sabía que me tocaba responderle a Amina y darle las gracias por pensar en mí, decirle que no había olvidado nuestras tardes de calor abrasador a finales de junio, cuando bajaba y se sentaba conmigo cerca de la radio y me traducía las letras de los *stornelli*, con su ritmo pícaro y juguetón que reconocería de inmediato, aunque nunca me hayan gustado del todo sus melodías mundanas, crudas y superficiales. Pero la pieza que me había enviado era una tierna canción de amor romano y no tenía el ritmo habitual de los *stornelli*. La canción de Amina hablaba de una Roma atemporal cuyas orillas, a lo largo del río Tíber, aún no sostenían muros y cuyos templos antiguos aún estaban incrustados en las abigarradas casas en las que los pobres llevaban siglos viviendo; una Roma en la que el tiempo se volvía más lento y donde uno pasaba horas charlando y poniendo canciones en el tocadiscos, mientras la salsa de tomate de mi madre se cocinaba a fuego muy lento y no estaría lista hasta que se pusiera el sol». (p. 431)

### SABINA

Un día, al llegar a casa, André se encuentra con dos chicas desconocidas que han ayudado a su madre a subir la compra al apartamento. Una de ellas es Sabina, una joven atractiva y seductora que desata en él una pasión desconocida. Entre besos furtivos, llamadas y citas, traman una relación ambigua, que se mueve entre el deseo y el amor, y que coincide en el tiempo con la aventura que André tiene con Paola, una vecina.

«—Tu madre dijo que pasaste en París las Navidades. ¿La entendí mal?

—No mentía —contesté y, como los dos nos quedamos de repente en silencio y ella no me quitaba ojo, no pude resistir el impulso de acercarme, cogerle las mejillas con ambas manos y besarla tan apasionadamente como pude, no para demostrar nada, sino porque era tan atractiva que te desarmaba.

Cuando la solté, solo me hizo un comentario:

—Besas como si estuvieras enamorado de mí.

No esperé a responderle, aunque estuviera riéndose a mi costa, por forzada que fuera la broma.

—Me podría enamorar de ti fácilmente. Y lo sabes.

Sin querer que se nos notara, ambos estábamos turbados». (p. 275)

### GIANLORENZO

Gianlorenzo trabaja en el colmado del barrio, y, desde la primera vez que lo ve, André siente una extraña atracción por este chico con el que entabla una amistad tan ambigua como las miradas que intercambian. Los sábados, Gianlorenzo le presta su bicicleta para que él pueda recorrer Roma, que a partir de entonces queda asociada a esos paseos, las excursiones hasta piazza di Spagna para sentarse a leer en las escalinatas, y el rostro de ese chico que le brinda una llave para empezar a amar la ciudad.

«Aquel miércoles fui a devolver cascos vacíos. Gianlorenzo y yo charlamos brevemente. Luego, mientras lo veía apoyar una escalera contra la pared e intentar llegar al techo para cambiar una bombilla sobre el mostrador del aceite de oliva, noté una punzada en el estómago. No era la franja de piel desnuda de su cadera, tampoco la espalda en tensión que revelaba cada tendón bajo su camisa, ni siquiera su mano. La punzada fue más bien una pregunta: ¿y si él fuera yo, y yo fuera Paola, mirándolo a los ojos y sujetándole el rostro como había hecho ella cuando había abierto y luego cerrado los ojos porque yo no paraba y no iba a parar y ella seguía rogándome que no lo hiciera? Me lo quité de la cabeza, pero en mi dormitorio, aquella noche, pensando en la disposición del cuarto de Paola, a un par de medianeras, en el edificio contiguo, la visión regresó y no me dejaba en paz». (p. 351)

## EXTRACTOS POR TEMAS

---

### UN MUNDO EXTINTO

«Los Cohène (con la è de rigueur acentuada proclamando su falso linaje francés) siempre habían tenido su manera de hacer las cosas. No le veían sentido a seguir las modas del momento. El mundo tendría que amoldarse a sus usos y costumbres, como siempre.

Sus usos y costumbres, no obstante, no solo es que estuviesen pasados de moda, sino que se habían extinguido. Ellos se negaban a aceptarlo y seguían optando por la cortesía, pero no tanto por el candor; por el buen gusto, pero no la moral recta; siempre juzgaban a la gente no tanto por lo que decían o hacían, sino por cómo sujetaban el cuchillo y el tenedor. Todo, sin duda, de otros tiempos». (p. 18)

«Desde que llegamos a Roma, habíamos usado la mesa de mármol de la cocina para comer, pero esa noche, tal vez porque habíamos visto a la tía Flora y nos había venido el recuerdo de tiempos mejores, aquel viejo mantel nos trajo cálidas costumbres hogareñas; tal vez fue por el olor o por la sensación agradable de la tela vieja o las pocas manchas que no habían salido del todo en Egipto y a las que yo nunca les había prestado atención, pero que me alegró volverme a encontrar. Lo mismo sucede cuando ponemos un vinilo antiguo y sonreímos al reencontrarnos con un salto que antes nos resultaba desagradable, pero al que nos hemos acabado acostumbrando. Puede que esa sea la razón por la que guardamos ciertos objetos y reliquias que, con el tiempo, se convierten en amuletos:

para que nos traigan recuerdos no solo de lugares o de gente a la que quizá no volvamos a ver, sino de las cosas que nos rodean y que han de resistir sin nosotros porque, sin ellas, ya no podemos confiar en ser capaces de dar fe de nosotros mismos». (p. 54)

«... “uno no tiene identidad salvo que tenga sus cosas, sí, ya lo sé, tus estúpidas e insignificantes cosas”, repitió, un poco después de que mi padre le gritase por tener una mórbida fijación acaparadora con sus inútiles bienes materiales. “Las cosas nos llevan de vuelta a nosotros mismos, independientemente de cómo nos vaya la vida. Las cosas nos conservan inmaculados e ileso. No somos nadie sin ellas”.

Pensé en personas que se convertían en urracas para evitar que el mundo cambiara tras girar a su alrededor demasiadas veces. Un objeto pequeño y cutre podía convertirse en un refugio y en un manantial de confianza». (p. 342)

## EL DESARRAIGO

«No es de extrañar que las maletas me evitaran la mirada siempre que intentaba buscar algo de complicidad en ellas. No hacían más que estar ahí, biliosas y amargas, como si yo fuese culpable de una siniestra fechoría y ahora les tocara a ellas pagar el pato. “¿Por qué nos has traído aquí?”, parecían decir, “¿qué será de nosotras ahora?”. Me hacían preguntas que bien me podría haber formulado yo a mí mismo. “¿Qué estoy haciendo aquí?”. Como las maletas, estábamos desnortados, sin tierra, y me di cuenta de ello por

primera vez mirando aquellas formas de cuero con cinturones que esperaban en filas desordenadas en el hangar, hinchadas, pesadas y asustadas, como vacas tristes aguardando su turno, recelando de todo, convertidas en el gato feral que ya ha visto demasiado maletas y no está por la labor de ofrecer una mirada simpática». (p. 27)

«Después de él, aún quedaba la tía Elsa, quien, al cabo de unas semanas, se iba a mudar a París, momento en el que todos podríamos dejar Egipto atrás, olvidar el árabe, a la policía egipcia, y que algunas de las cosas cuya pérdida no me quedaba más que aceptar eran cosas que casi se habían convertido en parte de nosotros y de las que renegaría, del mismo modo que renegamos de los dientes de leche, de la mantita a la que le tenemos apego o de la mesita de noche que hemos tenido desde la infancia y que jamás pensamos que abandonaríamos y dejaríamos atrás». (p. 124)

«Qué extraño era que nuestro olor, nuestra huella en el piso, hubiese desaparecido y que ese aroma que creíamos haber expulsado para siempre se hubiese vuelto a instalar de inmediato durante nuestra ausencia. Nunca había desaparecido del todo, había estado siempre ahí, acechando bajo las tablas del suelo como un empleado astuto que duerme en tu cama cuando no estás y revuelve tus cosas, se pone tu ropa, lee las marcas de tus libros, y luego deja pasar a sus amigos sin techo para recordarte que todos los esfuerzos por hacer tuya esa casa han sido en vano. No me gustó sentirme un extraño en un

hogar que nunca había considerado mío. Quería volver a adueñarme de él, pero del modo en el que todavía ansiamos a alguien a quien nunca hemos amado y nos alegra mucho haber perdido». (p. 256)

---

## UN AÑO ROMANO

«Ya era tarde cuando llegamos a via Clelia. Enseguida me di cuenta de que era un barrio obrero —muchos autobuses atestando la arteria principal de via Appia Nuova, tienduchas grises y mal iluminadas por todas partes y tanto hollín en los edificios que el tiempo lo había descolorido—. La grandeza de la Roma imperial no tenía cabida allí. La propia via Clelia era fea, estaba sucia y, al caer la tarde, parecía tristonera. Pensé que era un barrio para gente pobre; no era un campamento de refugiados, pero tampoco parecía mucho mejor». (p. 36)

«Era nuestra primera noche en Roma y la actitud de mi tío no solo me había hecho odiar ya la ciudad, sino que la idea de vivir en aquel pisito levantó una oleada de tristeza que nadie era capaz de contener. Nos quedamos mirándonos en lo que parecía ser un salón y no dijimos nada. No sé cuánto rato estuvimos así, pero, cuando volví a mirar por la ventana, ya estaban encendidas las farolas de la calle. Así es aquí la noche, pensé. Sentí todo el peso de la oscuridad y no me lo pude sacudir. Deseé que no hubiese llegado tan pronto. No estaba listo todavía. Quizá era mucho más tarde de lo que pensaba. Quizá necesitábamos tiempo antes

de enfrentarnos a nuestra primera noche en Roma. En cierto momento, mi madre encontró un interruptor y la luz ayudó, pero la sensación opresiva y triste no se iba y era más fuerte a medida que crecía la oscuridad. Cuando nos levantamos y fuimos a la cocinita cuya ventana trasera ya daba a la noche, ocultando todo lo que había más allá, nos dimos cuenta de que ni siquiera queríamos saber, mucho menos ver, qué vista ocultaba la negrura». (p. 38)

«Yo quería la Roma de las películas, la de los grandes monumentos, las mujeres hermosas que volvían la cara para sonreír a muchachos de mi edad, pero esa Roma no estaba en ninguna parte, quizá nunca había existido». (pp. 50-51)

«Adoraba el *centro storico* de Roma porque sabía que también tenía muchas capas que seguían moviéndose de manera incesante de un espacio temporal a otro. Me gustaba lo antiguo porque ahí el pasado señoreaba con más fuerza, me apelaba más porque, igual que yo, no confiaba en las cosas sino en su larga sombra, en su paso, no en lo que estaba vivo, sino en lo que había vivido y nunca había muerto. Si acabé por identificarme con Roma, fue con la Roma atemporal. La Roma temporalmente acotada era para otros». (p. 373)

---

## UNA VIDA MÚLTIPLE

«Su definición de “otra vida” era errática y quijotesca. Me enseñó que no teníamos una sola vida ni una sola identidad,



tampoco dos, sino tres, cuatro, cinco, y todas a la vez; algunas no es el momento de lanzarlas por la borda, otras te arrojan a ti, con otras no te decides, otras se vuelven obsoletas, otras tendrían que haber durado más, pero no lo hicieron, y las más oscuras de todas son aquellas que sigues esperando, pero que ya sabes que no vendrán. Albergábamos todas esas vidas como matrioskas rusas, cada una dentro de la otra. Flora lo veía igual que mi padre. Al fin y al cabo, ambos habían nacido en un país del que tuvieron que huir, aunque aún notaban el eco de aquella otra vida resonando en las que le siguieron». (p. 69)

«Egipto había saboteado nuestra noción de identidad y le había dado un aire dudoso, casi taimado. Éramos como niños que han sufrido un ultraje, pero que se niegan a confiárselo a sus padres por la vergüenza —que nunca tendría que haber sido suya— con la que tienen que cargar. Para nosotros, la identidad era una máscara, no un rostro. Éramos sujetos provisionales, nacidos en los márgenes del lado incorrecto de la historia». (p. 179)

«Pero algo me enraizaba a París. Puede que fuera el francés, puede que fuese el espíritu navideño o simplemente el hecho de estar fuera, o quizá fue que aquella ciudad me había permitido ser como era, quien podía ser, quien quería ser. Tantos quizás, pero ninguno cuajaba». (p. 257)

«Era como el emperador Juliano, el apóstata, que enterró una fe bajo otra y

al final ya no supo cuál era en realidad la suya. Y pensé en Tiresias, que primero fue un hombre, luego una mujer, luego otra vez un hombre; y en Céneo, que fue una mujer, luego un hombre y al final de nuevo mujer; y en la postal de Apolo el Asesino de Lagartos, y también lo anhelé a él, aunque su gracia inflexible e intimidante parecía amonestar mi lujuria. Como había pasado con el chico del autobús, me sentía lleno de vergüenza y aprensión porque había invadido cada curva de su cuerpo. Conseguí convencerme de que, tal vez, lo que había deseado en el autobús era amistad, nada más. El resto no era real, no era real, no era real.

De lo que no me di cuenta, y se me ocurrió mucho más tarde aquella misma noche, fue de que, mientras abrazaba a los dos como si fueran uno e intentaba esconder a uno dentro del otro, otra parte de mí, inesperada y poco dispuesta a mostrar su rostro, lo único que quería era enterrarlos a ambos». (p. 286)

«Aquella vergüenza no había desaparecido; la vergüenza nunca desaparece, estaba en cada esquina de la calle. La vergüenza, que son los reparos a confesarnos quiénes somos, puede acabar siendo lo más profundo que tenemos, más profundo incluso que quienes somos, como si más allá de la identidad hubiese arrecifes enterrados y ciudades hundidas rebosantes de criaturas que seríamos incapaces siquiera de nombrar, porque llevan ahí desde nuestra más tierna infancia y no han desaparecido jamás». (p. 434)

«Aprendí a leer y amar los libros igual que aprendí a conocer y amar Roma:

no solo intuyendo pasajes ocultos, sino viendo más de mí en ellos de lo que probablemente había, porque todo lo que leía parecía estar más en mí que en las propias páginas. Sabía que mi manera de leer libros tal vez fuese aberrante, igual que era consciente de que mi manera de recorrer Roma haría que me perdiera cada vez. Me estaba buscando a mí mismo esperando toparme conmigo o encontrarme en otra persona». (p. 441)

«¿Quién sería sin Roma? ¿Y Roma sin mí? Uno podría también preguntarse qué le pasa a la vida cuando ya no estamos ahí para vivirla». (p. 444)

---

### LITERATURA Y VIDA

«Me pasaba la mayor parte del tiempo leyendo. Nunca me habría convertido en un lector tan entregado y compulsivo de no ser por Roma, o, de manera más precisa, por mi desesperada necesidad de eludir una ciudad que no quería ver para, mientras tanto, imaginarme otra. El sol pegaba tan fuerte entre las dos y las tres de la tarde que esas eran las únicas horas del día en las que abría los postigos para que aquel sol cegador inundase mi cuarto. La habitación era todo sol. A las cuatro, no obstante, los entrecerraba para dejar que una franja de luz lo suficientemente ancha cruzara mi cama. Me gustaba aquel rayo de luz; me permitía leer». (p. 110)

«Me leía los libros que me había sugerido no tanto por cultivarme, ni siquiera por viajar allá donde me llevara la historia, sino para escapar de quien era o de la persona en la que me había convertido, incluso si, por una extraña coincidencia, en aquellos libros que estaban pensados para protegerme de mí mismo me encontraba versiones de personas que eran yo mismo, personas cuya vergüenza, cuyos miedos, cuyo sentido de la ironía y cuyas mentes retorcidas y torturadas reconocía de inmediato porque éramos clavados. Me gustaban los autores que entendían que la naturaleza humana es esencialmente errática; un coágulo intermitente de paradojas y contradicciones insolubles. Tal vez deseaba un yo al que los libros pudieran modificar de alguna manera, o restaurar, o mejorar, un yo observado de manera oblicua, como en una obra de teatro, mejor iluminado, con un toque de maquillaje y mejor vestido: un yo remozado». (p. 162)

«Puede que escribir me hiciera estar más cerca de la calle que cuando vivía allí. Escribir no alteraría o exageraría nada, simplemente excavaría, reordenaría, armaría un relato, rememoraría con calma desde el lugar en que la vida normal y corriente es perfectamente feliz al asentir y seguir adelante. La escritura ve figuras donde la vida ve cosas; cosas que dejamos atrás, figuras que conservamos». (p. 437)

## PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. En *Mi año romano*, una obra de contenido autobiográfico, el escritor André Aciman evoca el tiempo pasado en Roma durante su adolescencia. ¿Cómo opera la memoria del narrador? ¿Qué nos dice la obra acerca de la relación entre memoria y escritura? ¿Cuál es el papel que desempeña la escritura a la hora de evocar el pasado?
2. La obra comienza con la llegada de la familia a Nápoles, donde se reúnen con el tío Claude. Al descender del barco, André nota que, a pesar de haber dejado su hogar atrás, él continúa siendo el mismo chico de antes. ¿Cuánto hay de cierto en esa primera impresión? ¿Qué supone para este adolescente tener que emigrar de manera forzada?
3. Al llegar a Roma, tanto el barrio como el apartamento que les alquila su tío resultan decepcionantes para un adolescente que soñaba con otra ciudad. ¿Cuánto influye en su mirada sobre Roma el dolor que siente por haber tenido que marcharse de Alejandría? ¿Qué representa cada una de estas ciudades?
4. Instalados en el apartamento de via Clelia, André, su madre y su hermano deben empezar a moverse por la ciudad, establecer rutinas y adaptarse a una nueva vida mucho más precaria que aquella a la que estaban acostumbrados. ¿Cómo transita esta experiencia cada uno de los miembros de la familia? ¿Qué tienen en común y qué los diferencia? ¿Se ayudan los unos a los otros o, por el contrario, cada uno busca su propio modo de lidiar con una situación extraordinaria?
5. En ausencia del padre, André, en cuanto primogénito, debe hacer de intérprete y acompañante de su madre sorda. ¿Cuán sencillo le resulta tener que asumir esta responsabilidad? ¿Cómo es la relación con su madre? ¿Qué sentimientos despierta en él esta figura?

6. Además del tío Claude, un pariente que les infunde una mezcla de temor y desprecio, en Roma está la tía Flora. ¿Cómo es este personaje? ¿Qué representa en la familia? ¿Por qué André siente afinidad con ella? ¿Qué los une?
7. Entre guerras, persecuciones y olas de antisemitismo, la extensa familia de André se ha ido diseminando por varios países y continentes. Pero, a pesar de la distancia geográfica que los separa, guardan contacto. ¿Qué lugar ocupa la familia extensa en la obra? En cuanto a la condición judía, ¿cómo determina las dinámicas y las relaciones de este clan?
8. Durante el año pasado en Roma, la tía Flora es un referente para André. El otro es su padre, aunque pasan poco tiempo juntos. ¿Cómo es el vínculo entre ellos? ¿Cómo ve el hijo adolescente a ese padre cuya vida parece haberse deshecho?
9. Del padre, André hereda la pasión por la lectura. Aquel lo inicia en un mundo de libros que, poco a poco, el adolescente comienza a explorar con autonomía. ¿Cuál es el rol que desempeña la lectura para André? ¿Qué busca en los libros? ¿Y qué encuentra? ¿Cómo lee el joven André? ¿Y qué opina de ese modo de leer el escritor adulto en el que se convierte?
10. *Mi año romano* es una obra en la que se exploran, entre otros temas, el exilio y el desarraigo. ¿Cómo pesa esta experiencia a la hora de construir la identidad? ¿Y qué ideas acerca de la identidad circulan en la obra? ¿Cómo se construye el yo según el autor?
11. Siempre que puede, André sale a perderse por las calles de Roma, ya sea en bus, a pie o subido a la bicicleta de Gianlorenzo. Lo que más lo atrae es el centro histórico de la ciudad. ¿Por qué motivos? ¿Qué representa para él la vieja Roma?
12. El año romano es, para André, un tiempo de aprendizajes y descubrimientos. Allí se asoma al deseo, al sexo y al amor a través de varias chicas

y chicos que se cruzan en su vida. ¿Cómo es esta educación sentimental? ¿Qué lo atrae de las chicas y de los chicos que conoce? ¿Y cómo influye en él su padre, un hombre con fama de seductor y mujeriego? ¿André se ve reflejado en ese referente masculino?

13. Hay varios episodios que conforman la educación sentimental del narrador, pero este recuerda con especial intensidad el breve encuentro con un joven desconocido en un bus. ¿Qué importancia tiene este episodio? ¿Cómo lo vive él? ¿Y cómo vive su amistad con Gianlorenzo? ¿Cuál es la naturaleza de ese vínculo? ¿Los chicos son conscientes de ella?
14. La situación vivida en el bus desata en André una sensación de confusión y de vergüenza. ¿Qué sucede en la obra con la vergüenza? ¿En qué ocasiones se habla de ella? ¿A qué está ligada esta sensación?
15. Desde el adolescente que llega a Italia a bordo de un barco hasta el joven que está a punto de emigrar a Estados Unidos, ¿existe una transformación? ¿Cuál es la evolución de André a lo largo del año pasado en Roma?
16. En la adultez, André regresa a su antiguo barrio acompañado de sus hijos. ¿Qué ha pasado con la ciudad? ¿Y qué ha pasado con los recuerdos que él conserva? ¿El barrio le sigue provocando el mismo rechazo o su mirada es otra?
17. Según el padre, en la vida no hay itinerarios: el camino solo se puede entender en el lecho de muerte, es decir, visto en retrospectiva y en su totalidad. ¿André está de acuerdo con él? ¿Su modo de entender la vida coincide con la mirada paterna? ¿Qué nos dice su reflexión final, cuando regresa a Roma, acerca de la posibilidad de dotar de sentido a lo vivido? Según la obra ¿cómo, y por qué vías, lo vivido deja de ser una mera anécdota y se articula como experiencia?

## EL AUTOR



**ANDRÉ ACIMAN** nació en 1951 en Alejandría, en el seno de una familia judía sefardí de origen turco. Formado en la Universidad de Harvard, ha sido profesor de Literatura Comparada y de Escritura Creativa en el Bard College y en las universidades de Princeton y Nueva York. En cuanto a su labor creativa, es muy conocido como ensayista y estudioso de la obra de Marcel Proust. En 1996 vio la luz *Lejos de Egipto*, un libro de memorias sobre su infancia y adolescencia que mereció el prestigioso Whiting Award. Posteriormente publicó la

recopilación de ensayos *False Papers: Essays on Exile and Memory*, la novela *Ocho noches blancas* y participó como coautor y editor en las obras *Letters of Transit* y *The Proust Project*. Alfaguara ha publicado *Variaciones Enigma* (2019); *llámame por tu nombre* (2008), su primera novela, llevada al cine con gran éxito por Luca Guadagnino y que obtuvo el Lambda Literary Award y la distinción como mejor libro del año de *Publishers Weekly* y *The Washington Post*; *Encuéntrame* (2020), su esperada secuela, *Homo irrealis* (2024) y *Mi año romano* (2025).

## LA CRÍTICA HA DICHO

«Leer a André Aciman es como enamorarse».

Xavi Ayén, *La Vanguardia*

«Amantes, o amantes en potencia, bailando su danza incierta: aquí es donde el libro atrapa. [...] La atracción por un joven, confusa pero no molesta, inspira algunos de los mejores fragmentos de Aciman».

*The Guardian*

«Aciman escribe con la ferocidad del escritor que finalmente ha dado con su manera de ver y tiene que sacarla a la luz. Ha creado algo magnífico y vivo».

*The New York Times*

«Un maestro de la sensualidad y los detalles exquisitos».

Sagrario Fernández-Prieto, *La Razón*

«Aciman es un escritor sensible y apasionado, y este volumen está lleno de incidentes humanos: amistades, comidas, sexo, política y cultura, música, cine, arte... Una crónica valiente, sensual y tierna».

*The Boston Globe*

«Aciman evoca el paso del tiempo en una prosa rica y sinuosa, reconstruyendo la Roma de los años sesenta en frases llenas de luz, sonido y recuerdos. *Mi año romano* es a la vez una conmovedora historia sobre la mayoría de edad y una descripción oportuna y particular de las vidas atormentadas de los refugiados».

*The New York Times*

